

pueden ó no curar, y en caso afirmativo, emplear los medios que sean menester para curarlas.

»Pues bien: una de las llagas de la sociedad española hace mucho tiempo es la inmoralidad, virus que ha corrompido y acabado con la vitalidad de determinados partidos, virus de que hoy no cree la opinión que se halle exento ninguno, porque la verdad es que hay aquí una levadura, una corriente, un fermento, una cosa que no sé cómo se engendra, en dónde está y á dónde se dirige, pero que hace clamar á los pueblos: «en cuestión de moralidad hemos ganado poco, estamos lo mismo que estábamos, en igual época», y esta acusación, que en el fondo puede ser grandemente injusta, y estar alimentada por falaces apariencias, tiene que desaparecer, y el que esto no lo combate, es porque no conoce al pueblo español, porque no sabe interpretar sus sentimientos, ó por otra cosa peor, que yo no me cansaré bastante de condenar, pues quien no combate y batalla á toda hora con la inmoralidad, tiene mucho adelantado para ser considerado cobarde auxiliar ó cómplice interesado de ella.

»Es, pues, necesario que las causas, ó más bien apariencias de la inmoralidad, desaparezcan y se extingan, es indispensable que los fallos de los expedientes no se retarden ni se anticipen por la influencia de este cacique, por la influencia de aquel agente ó por otras causas; pero es preciso que la administración esté al servicio de los pueblos y no los pueblos como un medio de explotación para la administración pública.

»Es necesario, y debo hablar este lenguaje porque mañana se publicará mi discurso más ó menos en extracto, más ó menos adulterado, y quiero que lo sepa mi país, porque á mí no me duelen prendas, es necesario, repito, que cuando los alcaldes, los ayuntamientos ó los particulares vayan á la cabeza de juzgado ó á las capitales de provincia, no necesiten recomendación del diputado, del elector influente ni del ministro ó de otras cosas que me avergüenzo el pensar que pueden suceder, ó sospechase que sucedan en España, aun después de esta gloriosa y honrada revolución de Septiembre, á fin de que viendo todos la rapidez, la rectitud y la justicia de la administración pública vuelvan á sus pueblos y digan: «Gracias á Dios que no hemos necesitado carta de recomendación, ni regalo, ni dinero, para que se nos administre justicia.»

»Es necesario, en una palabra, que la administración no esté aquí al servicio de la política y, sobre todo, al servicio de otra cosa peor, al servicio

de los muñidores de la política. Es indispensable que los hombres que se consagren á la vida pública y lleguen á tener cierta posición y cierta altura, no tengan ninguna clase de debilidad, sino la mirada más alta, el pensamiento más grande y se emancipen de los pequeños inconvenientes y de los tristes compadrazgos con que han estado ligados los que les han precedido en el poder, los cuales han sido tan desgraciados que han pasado sin que el país español recuerde su nombre y sin que el pueblo que los vió nacer les consagre el más mínimo recuerdo.

»Es necesario que los hombres que lleguen á ciertas posiciones se emancipen de la atmósfera, impura en unos casos, pesada en otros y no sé cómo más calificar, que respiramos los hombres políticos en Madrid y que respiran todavía más los que se encuentran sentados en una silla ministerial ó viven en las alturas. Es necesario que el que funda un periódico, que el que hace una gacetilla, que el que escribe un artículo sin más objeto que difamar á este ó á aquel hombre público, que calumnia al otro, que hace ruido en los cafés y en las calles sin más objeto que el crearse una reputación de escándalo, que no alcanzaría ni por su instrucción, ni por su carácter, ni por sus virtudes, en vez de que el ministro á quien critica, de que el Gobierno á quien ataca, de que los diputados de quienes se burla le hagan caso y tomen en serio lo que se les dice, lo oigan con desprecio, y despreciándole, acudan al pueblo español para que juzgue sus actos.

»Es necesario que desaparezcan de la política los hombres que en Madrid, escribiendo artículos de fondo en que combaten actos del Gobierno, predicando moralidad, virtud y libertad, diciendo que el pueblo está oprimido, que el pueblo necesita un cambio absoluto y completo en su modo de ser, y predicando la virtud en la familia y la vida privada, comen en el restaurant brillante de Fornos, cenan en la Iberia, duermen en el Casino, y pasan una vida de crápula y libertinaje, sin vivir con su familia, sin hacer caso de su mujer ni de sus hijos, y van al día siguiente á predicar moralidad en un periódico.

»Es necesario que á esos hombres se les desprecie por todos, y especialmente por aquellos á quienes quieren engañar, es decir, á los habitantes de las provincias que es menester que vayan á Madrid y vean la verdad tal como es en sí y no como la predicán los periódicos, los periódicos que son un sacerdocio augusto que nadie más que yo respeta,

cuando son antorcha de civilización, vanguardia de la libertad y hasta fiscales del Gobierno; pero que se convierten, á veces, en receptáculos de calumnias y en teas incendiarias del pueblo sano y patriota.

»Es necesario, en una palabra, que la moralidad se vea en todas partes; pero que el ejemplo parta de arriba, y que sea tan severo el castigo de los que no sean morales en la administración pública, como grande el desprecio á los que, cubriéndose con este ó con el otro nombre, con este ó con el otro partido, con esta ó con la otra idea, quieran explotar la ignorancia del pueblo para imponerse al ministro ó al Gobierno y conseguir una posición que no hubieran tenido nunca. Cuando hayamos hecho esto y cuando los hombres que rodean al nuevo rey (siento que haya dos dignos italianos en la mesa, porque todavía hablaría con más libertad), sigan la conducta que deben seguir, ese rey no será malo, no puede serlo, y si lo es, nosotros tendremos la culpa.

El que abandona á una familia ilustre, el que tiene en Italia el cariño de su padre, el afecto que le guarda el pueblo italiano, al venir á España y ponerse á la cabeza de esta nación después de la revolución de Septiembre, no puede venir á otra cosa, señores, más que á adquirir nombre y gloria y á ser digno hijo de la casa de Saboya y uno de los príncipes más ilustres de Europa.

Y si viene con esta intención (y no puede tener otra), y si le anima este pensamiento (y no puede animarle otro), de lo que suceda en España, de lo que acontezca á este rey, de lo que ese rey haga, nosotros tendremos la culpa, porque se entregará á nosotros y ha de querer lo que nosotros queremos, que como españoles y como hombres de verdadero patriotismo, no debe ser otra cosa más que la suerte y la ventura de nuestro país.

Espero, por consiguiente, y voy á concluir, que inculcando y haciendo recordar al pueblo español lo que la revolución de Septiembre ha hecho, é inculcándole lo que necesita hacer, así como agrupándonos todos en derredor de la monarquía y teniendo en cuenta los que hayan de ser sus consejeros, porque según la Constitución, de lo malo que haga el rey, los ministros tienen la culpa, y lo bueno lo hace el rey, éste ha de ser iris de paz y de ventura en este tan dividido y desgraciado país, no por su cielo, siempre puro, no por el carácter de sus hijos, siempre generoso, no por su suelo, siempre feraz, sino por pequeñeces y miserias de los partidos, pequeñeces y miserias de los que vienen jugando en la política.

Yo espero, permitidme deje á un lado al ejército y á la marina, y que me ocupe de las Cortes Constituyentes, porque he tenido la inmerecida honra de ser su presidente á los treinta y ocho años, y en momentos borrascosos y difíciles: yo espero, repito, que cuando se escriba la historia, fuera de la pasión de partido, transcurridos algunos años, diga el pueblo español: Ha habido muchos gobiernos y muchos Congresos que han procurado la felicidad de la patria, pero ha habido pocos gobiernos y pocos Congresos que tocando con mayores dificultades, que encontrándose en situación tan difícil, hayan realizado una obra tan grande, tan inmensa, tan poderosa como la que han hecho las Cortes Constituyentes de 1868.»

Sencillamente cronistas no incumbe á nuestro deber hacer ninguna clase de comentarios referentes al discurso del presidente de las Cortes, D. Manuel Ruiz Zorrilla, que acabamos de transcribir.

La comisión partió para Italia donde felizmente desempeñó su cometido.

Cuando el elegido monarca puso el pie en la nueva nación que había de regir, ésta se encontraba en el más deplorable estado.

El disgusto reinaba en todas las clases porque muchas y graves atenciones del Estado se hallaban en descubierto.

Las clases pasivas se veían en la mayor miseria. Poblaciones había en que individuos pertenecientes á ellas se habían visto obligados á mendigar una limosna y aun hubo puntos en que la autoridad les prohibió recurrir á este medio de subsistencia.

Los maestros de instrucción pública se encontraban en el mismo caso, los contratistas reclamaban en vano sus créditos, y sólo reinaba abundancia en Madrid, mientras en las provincias había una escasez extraordinaria.

Habiase hecho una revolución para acabar con la centralización que todo lo absorbía y dando vida sólo á la metrópoli, ahogaba á las demás poblaciones, y la centralización seguía cada vez más absorbente, cada vez perjudicando más á los intereses del resto de España.

La conducta de los hombres públicos de aquella época, sus desaciertos, sus ambiciones y sus bastardos apasionamientos, habían colocado á la nación en un punto tal de desconfianza que desesperando de todo no abrigaba la menor esperanza.

Lógicamente podía abrigarse algún aliento que la llegada del nuevo rey mejorase algún tanto aquel difícil estado de cosas, dando nuevo giro á la política.

Pero realmente en aquellas circunstancias ni con aquello se podía tener como esperanza, puesto que ya venía ligado por una constitución que aquellos mismos hombres habían hecho á su satisfacción sin que al soberano quedase la menor iniciativa.

Por otra parte aquella nueva monarquía, que debía ser defendida y amparada únicamente del elemento oficial ó de los que comían del presupuesto, necesariamente había de verse bruscamente atacada por los carlistas, montpensieristas, alfonsinos, republicanos y hasta por los mismos oportunistas.

No era posible que el partido que le traía, el que miraba en el monarca un medio más para sostenerse en el poder, fuera á dejarse arrebatar.

La monarquía era una cuestión puramente utilitaria para él, y preferiría envolver en su caída aquella misma monarquía, á dejar que otros se aprovecharan de los beneficios que pudiera reportar.

Sólo un hombre, D. Juan Prim, era el valedor de la candidatura del Duque de Aosta y hubiera sido su sólido apoyo, pero el general valeroso sucumbió villanamente asesinado, precisamente cuando el monarca español llegaba á sus dominios.

Aquel precedente no podía ser más terrible para la nueva monarquía.

La extraordinaria audacia con que se había llevado á cabo aquel crimen, demostraba claramente que los que le cometieran estaban resueltos á todo y que, por consiguiente, no retrocederían ante ninguna clase de obstáculos.

Y como que precisamente el general Prim había sido el iniciador y mantenedor de la candidatura Aostina, aquella muerte parecía envolver una amenaza respecto al nuevo monarca.

Este, por su parte, dió claras muestras de gran entereza y confianza al no interrumpir para nada su viaje, ante tan deplorable acontecimiento, llegando hasta Madrid y penetrando en aquel mismo palacio donde en otro tiempo fuera tan aclamada y querida la primogénita de Fernando VII.

Por de pronto el monarca se encontró con un misterio tan profundo, que no podía menos de llamarle la atención.

El asesinato de D. Juan Prim estaba rodeado de tanta sombra, había obscuridad tan profunda en la aparición y desaparición de aquellos asesinos, que los tribunales de justicia eran impotentes para descubrirlos.

Los primeros actos del monarca parecían demostrar un afán de popularizarse, un afán de adquirirse las simpatías del pueblo que iba á regir que estaban

demonstrando la bondad de sus intenciones; pero, desgraciadamente, tanto para él como para el país, no llegaron á realizarse.

Y decimos esto, porque si los ofrecimientos que consistían en no aceptar el sueldo que se le había asignado, mientras que los maestros de instrucción primaria no estuvieran satisfechos y las clases pasivas al corriente, se hubieran realizado, habríase ganado el agradecimiento de aquel sinnúmero de familias que se morían de hambre, y las simpatías de toda la nación que le hubiese visto inaugurar su reinado con un acto de reconocida justicia.

Pero, por desgracia, entre el ofrecimiento publicado por los periódicos y la realización medió una gran distancia, y el monarca cobró su sueldo y los maestros y las viudas y cien y cien acreedores del Estado, se quedaron en la misma situación en que antes se encontraban.

El rey Amadeo tenía que luchar con una oposición política formidable y con la oposición de la nobleza, si no terrible materialmente, moralmente muy significativa.

Y esta oposición iniciada desde la decisión de las Cortes, era más significativa, puesto que se unía á la que el pueblo tomaba, demostrando con esto que simpatizaba con él en aquella cuestión que podríamos llamar de dignidad nacional.

Es decir que de los grandes elementos de todos los poderes del Estado, de todas las fuerzas de la nación, digámoslo así, sólo contaba el monarca en su favor, la cohorte oficial y el ejército.

Aun cuando parecía natural que el monarca tuviese á su lado quien le hiciese aprovechar las ocasiones de popularizarse y de captarse las simpatías de la nación con uno de esos actos grandes é inesperados, nada de esto sucedió.

Y tal vez la razón de aquel aislamiento en que le dejaron, pudiese encontrarse en el torbellino político en que el rey se encontró desde los primeros momentos de su llegada á Madrid.

Efectivamente, las intrigas palaciegas, las cuestiones de etiqueta, las susceptibilidades de estos ó aquellos individuos, de estas ó las otras agrupaciones políticas, debieron absorber todo su tiempo, debieron preocupar toda su atención, haciéndole ó impidiéndole que se fijara en lo que verdaderamente más le interesaba.

Por el contrario, los periódicos ministeriales, la prensa misma, que debía haber tenido más cuenta con las frases que vertía, parecía que tenía afán de ponerle en ridículo, puesto que ocupándose únicamente de vulgaridades, de que si entraba ó salía,

de que si se levantaba temprano y visitaba á este ó al otro personaje, no daba noticia de ningún hecho verdaderamente importante.

Todo esto no pasaba desapercibido para el pueblo, los periódicos de oposición sacaban partido de ello y fácil es de comprender que no eran estos los medios más eficaces para que el nuevo monarca se atrajera las simpatías que necesitaba.

Pero ya hemos indicado que esto no fué culpa suya exclusivamente, sino que lo era de los que le habían traído á España, los que deberían haberle indicado lo que debía de hacer, dado el mayor conocimiento que tenían del pueblo en que iba á reinar.

Después de la perplejidad y grandes dificultades con que D. Amadeo tropezó para la formación del

ministerio, por la diversidad de opiniones que entre sus consejeros reinaba, constituyólo por fin con los Sres. Martos, Sagasta, Zorrilla, Moret, Ulloa, Beránger y Ayala.

Este gobierno, compuesto de hombres cuyas opiniones y tendencias políticas eran diferentes, no pudo menos de halagar al monarca, y la esperanza pareció renacer en el abatido y desconfiado ánimo del pueblo español.

Convocáronse Cortes ordinarias para el 3 de Abril, y republicanos y carlistas se aprestaron á la lucha electoral.

Obtuvo importante mayoría el gobierno, aunque también era grande la minoría de las oposiciones y muy especialmente la carlista, hasta el punto de



EL GRAN DUQUE MIGUEL, Gobernador del Cáucaso.

que podía decidir todas las cuestiones al lado que se inclinase.

D. Amadeo fué á Alicante á recibir á su augusta esposa, la cual se captó las simpatías de cuantos la trataron, y á su regreso á Madrid, se abrieron las Cortes el día 3 de Abril.

El rey asistió á aquella apertura, desprovisto de todo aquel boato de costumbre y con pasmosa sencillez, pronunciando un discurso tan breve como expresivo.

Fué recibido con sinceros aplausos y aclamaciones, y cuando con acento firme y resuelto dijo de su propia cuenta que, «jamás trataría de imponerse tres veces se levantaron en masa diputados y senadores para aplaudir con un entusiasmo que rayaba en frenesí.

Elegido presidente del Congreso D. Salustiano Olózaga y D. Francisco Santa Cruz del Senado, el rey autorizó el regreso de los generales desterrados, y no sólo hizo esto, sino que queriendo llevar á Puerto Rico las conquistas de la libertad, en cuanto se le manifestó que podía participar de ellas, convocó á sus elementos para que eligieran diputados.

Al hacerse público el hidalgo proceder del monarca y las patrióticas aspiraciones á que aspiraba, el pueblo supo mostrarle su agradecimiento ratificando con vítores y aplausos el voto de las Constituyentes, al par que protestaba de la sistemática oposición que se hacía á la nueva dinastía.

Ya hemos dicho en otro lugar los elementos de que estaban formadas las Cortes, elementos que coaligados combatían á la dinastía, al gobierno,